


# DE CLASE OBRERA A CLASE CONSUMIDORA

## UN DEBATE SOBRE LAS LUCHAS ANARQUISTAS

JOSÉ ANTONIO CALZÓN GARCÍA

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

Lmentales

José Antonio Calzón García

# DE CLASE OBRERA A CLASE CONSUMIDORA

## UN DEBATE SOBRE LAS LUCHAS ANARQUISTAS

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

*De clase obrera a clase consumidora.*
*Un debate sobre las luchas anarquistas*
José Antonio Calzón García
La Neurosis o Las Barricadas Ed.
Madrid
Edición digital
2021

http://www.laneurosis.net/
info@laneurosis.net

La presente edición pretende difundir de forma monográfica este texto, cuyo título original es «Nuevos modelos productivos desde la perspectiva del anarquismo Postizquierda: del *homo laborans* al *homo consumens*», publicado por la Revista *Aposta* en 2011.



## Índice

## Un preámbulo

Los movimientos que, a lo largo de la historia, se han postulado en contra del poder establecido lo han tenido verdaderamente difícil. Se cuentan con los dedos de un par de manos las oportunidades en que las ideas críticas se han convertido en algo más que en meros discursos y han dado el salto para *masificarse* y entrar en conflicto casi de igual a igual con los poderosos. Menos dedos aún necesitaríamos para recontar aquellos momentos en los que el ansia de libertad e igualdad no solo ha estallado en motines o revueltas, sino que se ha convertido en algo triunfante, aunque sea durante un corto periodo de tiempo. Salpican el devenir humano episodios gloriosos pero efímeros y, casi siempre, traicionados por quienes al principio dijeron compartir ilusiones con los de abajo, pero que acabaron cómodamente instalados en una poltrona hasta la siguiente oleada revolucionaria.

Todo esto, lejos de producir desaliento, debe llevarnos a la búsqueda de análisis y pistas que puedan hacer más sólidas las luchas de quienes pretendemos un mundo no basado en el lucro y el intercambio desigual, sino en el disfrute de la libertad y en la posibilidad de que toda la población sea tenida en cuenta.

Es por eso que textos como el que viene a continuación pudieran ser, si no herramientas definitivas, sí avances de lo que puede estar ocurriendo, señales de un mundo que cambia

y de otro que aparece. Porque si los movimientos revolucionarios lo han tenido complicado en todo momento, desde la aparición del capitalismo parece que las sucesivas transformaciones sociales nos hayan tomado por sorpresa, a pie cambiado. Si el capitalismo tardó mucho en lograr estabular a las masas de campesinos en fábricas, encontrando amplias resistencias en ese proceso, una vez conseguido pareciera que cada vuelta de tuerca es celebrada por los dominados.

El cambio que produjo la creación de centros de trabajo masivos, donde la tarea se realizaba en el interior y donde cada una de las acciones de los trabajadores dejaba de tener sentido aislada, fue muy bien descrita por los teóricos del socialismo a principios del siglo XIX. En ese contexto, la alienación que suponía producir sin consumir aquello que se creaba, las condiciones de miseria generadas por la Revolución Industrial, la incorporación de sistemas de deshumanización como el trabajo en cadena o la relación entre mandos intermedios y trabajadores llanos, todo esto fue comprendido por grandes contingentes de la población que, a menudo, se lanzaron a la batalla sin más esperanza que la de mejorar algo su vida o, a veces, con la sana intención de poner el mundo patas arriba. Se abría un periodo de conflictividad social y económica que parecía hacer tambalearse al capitalismo y abrir la puerta a otros modelos productivos y de convivencia. Era la época de las grandes revoluciones.

El miedo a esa revolución y el avance de diversos sistemas de control hicieron que se suavizaran las condiciones de explotación del llamado *proletariado*, hasta el punto de que, tras las guerras mundiales, los Estados capitalistas dieron un vuelco a sus políticas de dureza y construyeron los llamados *sistemas de bienestar*. La promesa de unas condiciones sociales que garantizaban el futuro por medio de pensiones, la salud por medio de los sistemas de seguridad social o la alfabetización por medio de la universalización del sistema educativo no obtuvieron ya una respuesta tan clara por parte de los movimientos antagonistas. La existencia de una presunta alternativa, liderada por el Estado soviético, dirigía con mano de hierro buena parte de esos movimientos contestatarios, confluyendo, de cualquier manera, en una visión del mundo basada en la productividad, la tecnología del control, la desigualdad y la libertad superficial. Los análisis de buena parte de la izquierda se fueron debilitando hasta convertirse en una defensa del Estado, anteriormente considerado herramienta en manos del capitalismo, luego pensado como freno a las ansias del propio capital. Por el camino, el rendimiento del trabajo era inmenso y las desigualdades crecían. Los trabajadores entregaban al Estado buena parte de su salario pero, sobre todo, entregaban sus esperanzas. Se imponía el lema fascista «Nada fuera del Estado». Incluso las fuerzas presuntamente aliadas del trabajador, los míticos sindicatos, iban cayendo en

la red estatal, subvencionados, dirigidos, pactados, deglutidos, en definitiva, por el sistema.

Este proceso corrió paralelo al gran descubrimiento del capitalismo: los obreros deben consumir para seguir enriqueciendo al capital. Explotar su fuerza de trabajo es necesario pero convertirlos en aliados de la circulación de mercancías es vital. De la misma manera que se cuenta que los conquistadores españoles ofrecían baratijas a los pobladores de América, el capitalismo ofreció una larga serie de baratijas al trabajador. Y este aceptó. Se embargó hasta las cejas para conseguir acumular ropas que nunca se pondría, televisores para que la propaganda llegase hasta cada hogar, electrodomésticos cada vez más estúpidos y un etcétera tan largo que habría que hacer una enciclopedia de los cacharros para abarcarlo.

Sin embargo, durante mucho tiempo persistió la ilusión del trabajador de tener una identidad concreta vinculada a su oficio. Alguien era *albañil* o *panadera*. Y lo era de una forma que todavía constituía cierto orgullo del trabajo, entendido como una actividad que confería, de alguna manera, dignidad, porque era considerado necesario, útil, algo así como un servicio al resto de la comunidad. Además, esta identidad guardaba restos de la antigua conciencia de clase, aquella que se suponía que identificaba a los trabajadores como parte de un grupo que superaría las barreras nacionales, de género, de edad y de cualquier otro tipo. Esto produjo los últimos gran-

des episodios, por el momento, de las grandes luchas obreras, que, sin embargo, sucedieron de manera diferente. Si el movimiento obrero había apostado en su teoría revolucionaria por el cambio radical, pero al fin y al cabo por el cambio, las luchas sindicales de los años 70 y 80 basaron su argumentario precisamente en la negación del cambio, pues la política neoliberal entendía que agotada la posible fase de enfrentamiento con los trabajadores, había que ir saqueando de manera definitiva la riqueza creada por estos. Ni una sola migaja a escuelas, hospitales, carreteras o pensiones. Era el momento de ir a por el todo. Y parece que, de momento, les ha salido bien. Cautivo y desarmado durante los años del bienestar el movimiento obrero, cuando quiso resistir se dio cuenta de que los gritos de solidaridad de clase no traspasaban las subvencionadas paredes de sus despachos. Hubo momentos emotivos, hubo luchas duras, hubo muertos, heridos, alguna victoria parcial, pero el proceso no se detuvo. La solidaridad de clase, antaño dura de roer, ahora era más bien un eslogan. Y sin solidaridad no hay victoria. Y para la solidaridad hay que sentirse parte de algo común.

El libro que tienes entre manos habla de cómo el proceso de destrucción del sector secundario, la llamada *terciarización*, unido a la tecnificación de los oficios y sumado todo esto a una precariedad laboral diferente que la que habíamos visto en etapas anteriores del capitalismo, han terminado práctica-

mente con la idea de que la definición de uno mismo pase por incluir el trabajo que cada cual realiza. Esa precarización supondría que, además de la consabida pérdida de trabajo cada cierto tiempo, de los altos índices de personas que no tienen trabajo remunerado, buena parte de la población ocupase puestos de trabajo sucesivos y variados, que no requieren de mayor conocimiento que el del propio sistema tecnoindustrial y que son pagados de manera miserable. Una carrera laboral, que se decía antes, imposible. Una acumulación de trabajos que parecen más bien recados, por su duración.

Es posible, como decíamos, que este texto pertenezca a aquellos que, más que analizar una realidad total, avancen lo que está ocurriendo como vaticinio de lo que se va a generalizar. Cierto es que para una buena parte de la población el identificarse con la tarea que durante horas llevan a cabo es aún una rutina. Se oyen a menudo los «soy fontanero», «soy profesora», «soy camarero»... pero también es una señal en sentido contrario el hecho de que a menudo esa identificación tenga que ver con la formación, con lo que se estudió, o con el trabajo que más tiempo haya durado entre las decenas realizadas. Además, ese *ser laboral* se concibe más bien como proyecto individual y menos como colectivo humano unido por condiciones similares. Como colofón, en caso de cierta perspectiva gremial, no queda apenas resto de la visión como clase, como muestra una y otra vez la efectividad de la

propaganda patronal-estatal en caso de conflicto laboral, basada siempre en los supuestos privilegios de quienes demandan mejoras y que se traga el ciudadano como si fuera idea suya.

En este contexto, la derrota de la idea de sindicalismo ha sido clave. Conseguir la apropiación del término por unas estructuras que hace tiempo que no se oponen al capital de manera frontal, sino que desarrollan una estrategia de colaboración (cuando no de gestión del mismo) era vital y las grandes corporaciones sindicales se han prestado a ello con placer. Hemos visto no muy lejos de aquí a sindicatos sentados para la foto con la patronal en hoteles lujosos, a grupos sindicales gestionando empresas de pisos o redes corruptas de cursos obligatorios para el trabajador. Hemos visto en los centros del trabajo a una inmensa mayoría de los sindicatos convertirse en listas electorales vacías de contenido, formadas por una lista de nombres sin vinculación con las luchas laborales, tratando de alcanzar un poder que se transforma en dinero, no en representatividad real. Las elecciones sindicales fueron una de las puertas hacia el desprestigio, aunque no la única.

Ese sindicalismo entendido de forma perversa y restringida ha sido el baluarte de lo que podemos llamar la última ofensiva del capitalismo. Y ha sido, o puede ser, una derrota muy dura. A pesar de que haya quienes, desde las filas de los movimientos revolucionarios, festejan la muerte de la identidad laboral y el hundimiento de todo sindicalismo (incluido el

anarcosindicalismo), es más que probable que este fenómeno no corresponda con los análisis entusiastas sobre el asunto, que vendrían a decir que se trata de una liberación respecto a la abrumadora dictadura del trabajo y el capital. Suena más bien como la racionalización de una derrota. Todavía está por ver que alguna de las identidades (si es que tiene que haberla) posmodernas genere una resistencia o algún movimiento revolucionario de alturas similares a las que han protagonizado los movimientos obreros, con todos sus defectos.

Tampoco parece ser un acto voluntario de los trabajadores haberse sustraído a la etiqueta de «proletarios». Quienes aún producen objetos concretos se enfrentan a la necesidad de aumentar el volumen de esos objetos producidos usando la tecnología y las consecuencias de esa misma tecnología, que hace innecesaria su participación a medio plazo (cada vez más corto ese plazo) en el mercado de trabajo. Quedan labores absurdas de vigilancia de las máquinas, alienantes en igual medida, pero menos atractivas a la hora de generar identidad. Un jilguero bien adiestrado podría oprimir botones, con todo el respeto para los jilgueros.

Además, detrás de la destrucción de la identidad de clase vuelve a cabalgar la vieja moral católica de repulsión o, en el mejor de los casos conmiseración, hacia el trabajo manual. Desprecio hacia lo creado por uno mismo (lo artesano queda como exótico, pero debe adquirirse en tiendas para esos exo-

tismos, por supuesto). La carga contra los trabajadores manuales no solo se expresa en términos de rechazo a sus oficios, relegados al llamado *tercer mundo*, sino a sus costumbres, a sus lenguajes, a sus comportamientos. Entre ellos estaba sin duda la solidaridad, la ayuda mutua, ahora comercializada también, despreciada si la encarnan las masas y sometida a especialización y publicidad.

En estas estamos, dice el texto que vas a leer: en la del desmontaje de la idea de clase obrera. Quizá no sea la primera vez que te acercas a este tipo de análisis, pero ya avanzábamos que nuestro interés está en preguntarnos qué hacer a partir de lo que puede ser un vaticinio de lo que viene.

El texto plantea el surgir de nuevas luchas ya desvinculadas del campo laboral. Luchas vinculadas a otras identidades o, precisamente, a la identidad predominante del capitalismo: la de consumidor. Estrategias de presión relacionadas con el hecho de consumir y no con el de producir.

El eterno debate sobre el sujeto revolucionario (quién le pondrá el cascabel al gato, si el proletariado, la ciudadanía, la juventud...) puede quedar anulado o disuelto en cuanto que estas estrategias redefinen ese sujeto incluyendo a quien quiera participar en él. No hace falta ya tener callos en las manos para boicotear una industria o practicar el sabotaje. Se puede ser okupa con diversas identidades sexuales (o con ninguna). No hay edad para participar en cooperativas de intercambio

no lucrativo. Esto permitiría algo que suele espantar a los discursos obreristas e izquierdistas en general: la incorporación de la llamada *clase media* a la lucha social, sin prejuicios. Es más que posible que, si se quiere generalizar la revolución y no reducirla a conflictos intermitentes, esa llamada *clase media* deba tener un papel. Un papel que puede quedar, sin embargo, distorsionado cuando los análisis, las propuestas, las estrategias y las tácticas son definidas por una cúpula universitaria cuya visión del mundo está inevitablemente salpicada de sus propios prejuicios e interpretaciones. El caso del movimiento 15-M puede ser paradigmático como la irrupción de la clase media en un nuevo escenario político y social, para lo bueno y para lo malo. Junto a las ansias de cambiar el mundo venían los discursos impregnados de pragmatismo capitalista, la posibilidad de que todo derivara en una mera lucha de egos de profesores de Sociología y Ciencias Políticas dentro de estructuras que se asemejan sospechosamente al surtido de antiguos partidos comunistas.

También, como señala el texto, este tipo de luchas abre la puerta a un nuevo modelo de militancia social, donde la participación en estructuras organizativas más o menos estables no se desvincula de las vivencias, de lo personal. Una nueva generación de personas haciendo de su proyecto vital un proyecto de ruptura con el capitalismo y el Estado.

Sin embargo, tanto un factor como el otro deben ser mirados con más detenimiento antes de celebrar la irrupción de esta nueva etapa. Por un lado, las llamadas nuevas luchas no lo son tanto. Hubo siempre, al menos dentro del movimiento anarquista, luchas que no eran sindicales. Hubo huelgas de alquileres como hubo insurrecciones ante las llamadas a participar en guerras. Hubo boicot hacia empresas especialmente opresoras (un boicot, es verdad, más obrero que de consumidor, como ahora). Hubo huelga de usuarios del transporte colectivo ante su encarecimiento. Esas luchas se hicieron poderosas precisamente en unión con las de los productores, que lograron paralizar ciudades y sectores concretos, alcanzando algún triunfo que hoy se celebra todavía (la famosa huelga de La Canadiense, por ejemplo). Quiere esto decir que despreciar el potencial de lo laboral, entendiendo que la vinculación con el concepto de trabajador pasa necesariamente por la identificación con un oficio concreto pudiera ser algo suicida, si no es un error colosal. Una cosa es que ocurra tal fenómeno y otra que nos debamos frotar las manos. Entre otras cosas, porque pudiera ser que esas nuevas formas de lucha no generen lucha real, sino un postergar el enfrentamiento con el sistema, enfrentamiento que en el campo laboral es descarnado y donde alcanza una violencia real y simbólica altísima. No despreciamos que las reivindicaciones tomen otras formas, pero no celebramos la pérdida de ninguna.

Además, podría ser que ese nuevo modelo de militancia dé lugar a paradojas peculiares. Puede ser que el lograr sobrevivir en un mundo capitalista usando redes no capitalistas, como la búsqueda de sobrante de supermercados o restaurantes, la de redes sociales en las que intercambiar servicios necesarios o el mero trueque convierta a los militantes en proyectos personales sorprendentemente parecidos a la ocupación que llamábamos *trabajo*. Podríamos estar incubando un nuevo sector que podríamos denominar «autónomos de la miseria».

E incluso podría ser que esa unión entre lo personal y lo social, de convertirse en un dogma irrenunciable, generara una distopía de la intromisión en la que cualquier comportamiento no admitido por el grupo social de apoyo generase la destrucción de un proyecto de vida.

Porque el segundo interés de este texto es plantear las posibilidades de lucha en el contexto *tardocapitalista* desde una posición anarquista. Un anarquismo al que siempre le han salido adjetivos de todo tipo, el último de los cuales sería el de posizquierdista. Esta novedosa etiqueta tendría que ver, según sus defensores, con la necesaria desvinculación del fenómeno anarcosindicalista, con la disolución de las luchas obreras como motor principal del enfrentamiento y con una serie de elementos tomados más bien de la filosofía posmoderna que sería demasiado largo enumerar aquí (entre otras cosas la

disolución del sujeto como ente continuo y su sustitución por diferentes y cambiantes identidades; la muerte del proyecto de progreso humano basado en la razón; la crítica al concepto de trabajo como elemento de dignidad o la eliminación de la especulación sobre un modelo económico global que sustituya a la rapiña capitalista). Algunas de las aportaciones de ese anarquismo se han incorporado de forma clara al discurso de parte del mundo libertario y otras lo han hecho a medias.

Probablemente, la posición sobre el sindicalismo sea de estas últimas. Si bien el mundo anarquista comparte sin dudas la crítica al sindicalismo entendido como decíamos en líneas anteriores, ha ido avanzando también la crítica al sindicalismo de manera radical, como un aliado sin remisión del capitalismo. Como si la lucha laboral fuera la cara de la moneda que en el otro lado contiene el mercado laboral. Lucha que legitima en lugar de combatir. No deja de ser una perspectiva curiosa esta ya que solo se aplica a este campo. En ninguna reflexión sensata encontraríamos que la lucha feminista es el anverso del reverso patriarcal, que necesita de este para seguir adelante y que, al fin y a la postre lo justifica.

Si bien ha sido un debate tradicional en el anarquismo la posición que había que mantener sobre el sindicalismo y en toda época se pueden encontrar textos que critican duramente la participación en modelos sindicales, fueran los que fueran, el agotamiento que se percibe en la lucha social actual

ha permitido que el argumentario de los medios neoliberales se abra paso cada vez más en el campo libertario. Buena parte de la gente joven que se incorpora a la lucha anarquista no se ha curtido en conflictos laborales y ven esos conflictos como propios de otra generación con la que no se identifican. Es por eso que algunos han apostado por la sustitución de la fuerza del sindicalismo por la fuerza del consumidor, identificándose más bien como el final de la cadena capitalista de creación de mercancías que con el inicio.

Insistimos en que no partimos del rechazo de ninguna forma de lucha, siempre y cuando sea coherente con las ideas solidarias, antiestatales y anticapitalistas que las sustentan, pero no deja de ser paradójico el abandono de uno de los lugares donde, casi de forma inevitable, pasa la vida mucha gente. Podemos estar asistiendo, en función de ese rechazo de lo laboral como campo de lucha, a algo similar a lo que Debord llama el *espectáculo*: convertir las luchas sociales en *performance* de fin de semana, mientras a diario se traga con carros y carretas en el precario lugar de trabajo. Puestos a señalar futuros, hay que señalarlos todos. Igual que durante un tiempo era reconocible la figura del revolucionario y sindicalista hombre que en casa era un tirano patriarcal, puede que la falta de sentido de clase no haya conseguido superar las contradicciones.

Y esto es bastante posible porque precisamente el anarquismo basado en una crítica a las tácticas reconocidas como *clásicas* (huelga, boicot, sabotaje, sindicalismo...) entra a menudo en un discurso individualista, que trata de resolver cuestiones derivadas del capitalismo (contradicciones, al fin y al cabo) como si se tratasen de meras posturas personales.

Por el camino, en este mismo momento, hay otra realidad. La de quienes siguen combatiendo en la barricada laboral, la de quienes forman parte del anarcosindicalismo, hacia el cual y hacia los cuales mostramos el mayor de los respetos. Precisamente el panorama que describe el texto que leerás a continuación convierte la resistencia laboral organizada en algo heroico. A menudo enfrentados en solitario a la patronal; muchas veces incomprendidos en su centro de trabajo hasta que estalla un conflicto grave (o incluso cuando este estalla), nuestros compañeros y compañeras van al tajo día a día a jugársela, obteniendo a menudo una presión casi insoportable. Y a veces, alegres victorias, por supuesto.

Nada sería menos eficaz que alzar fronteras entre quienes apuestan por modelos de lucha diferentes. Nada sería más capitalista que despreciar antiguas fórmulas por el mero hecho de serlo, como si caducasen igual que las novedades publicitadas por la televisión. Nada sería, en fin, menos constructivo, que echar por tierra los esfuerzos que, de una u otra forma, hacen numerosos colectivos, para lograr un mundo mejor. En

ese camino no nos encontrarán. En la sana crítica y el análisis, sí. Nos vemos en las calles. Y en los trabajos.

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

José Antonio Calzón García

# DE CLASE OBRERA A CLASE CONSUMIDORA

## UN DEBATE SOBRE LAS LUCHAS ANARQUISTAS

## Introducción

En las próximas páginas vamos a intentar desarrollar, simultáneamente, dos ideas en muy estrecha interconexión. Por un lado, plantearemos, desde el prisma sociológico, los rasgos identitarios del ciudadano contemporáneo dentro de un esquema productivo que ubica al sujeto como ente social. Por otro lado, y como consecuencia de esta primera reflexión, nos preguntaremos por el margen de acción o, mejor dicho, de reivindicación, que le queda al individuo, una vez dilucidada su esfera significativa, esto es, el plano ontológico que lo define en el organigrama actual.

A partir de aquí, resultará pertinente interrogarse por el hipotético papel corrector y transformador, a un nivel micro y macrosocial, que puedan desempeñar actualmente los nuevos perfiles de los ciudadanos en un mundo post-industrial. Dicho en otros términos, lo que planteamos en este artículo es si sigue estando vigente —tal y como intentan consolidar los distintos discursos de los movimientos sindicales— la imagen del hombre en cuanto trabajador, o si, por el contrario, caminamos hacia un mundo en el cual el *exlaborans* ha de ser reubicado dentro del sistema productivo, para descubrir sus nuevas herramientas de reivindicación y realización, aún no asumidas por los agentes sociales.

Tanto en el plano teórico como práctico, ilustraremos las reflexiones con ejemplos extraídos del ámbito de la contracultura —de raíz libertaria o anarquista—, mostrando así propuestas que, desde una perspectiva histórica, se han venido ofreciendo como mecanismo de resistencia, reivindicación y reformulación ante el canon del sujeto como individuo inserto en la cadena productiva.

## La disolución de la identidad socio-laboral

Desde la vertiente sociológica, uno de los estudiosos que con más detenimiento ha intentado analizar las nuevas tendencias sociales es José Félix Tezanos. Para este autor, nos enfrentamos a un tiempo en el cual el individuo, y especialmente los jóvenes, no dan muestras de sentirse reconocidos a través de categorías tradicionalmente definitorias de la identidad social.

> Hasta hace muy pocos años los jóvenes (...) sabían qué querían ser, sabían a lo que aspiraban (...). Se trataba de sociedades en las que se podía ser calderero, chapista, abogado (...) y se podía ser tal cosa prácticamente de por vida (...). En el nuevo tipo de sociedades todo es mucho más fluido, más impreciso e inestable. Las nuevas generaciones ya no están tan motivadas hacia el trabajo, ya no tienen tan claras sus aspiraciones (...) ya no piensan en términos de *ser* calderero, o abogado (...). La idea de *ser* calderero o abogado, de alcanzar una posición social específica, está siendo sustituida por la de *tener*, de manera más coyuntural e inespecífica, alguna actividad laboral (...) ahora ya no se *tiene* un trabajo, o se *es* de una ocupación o profesión, sino que ahora se *está* o se *pasa* por un trabajo (...). Lo cual se está traduciendo en una pérdida de peso de las referencias identitarias de *clase social* (entendida al modo clásico) y, más específicamente, de la *profesión* (Tezanos, 2007: 33-34).

A este respecto, Tezanos (Ibíd.: 35-36) aporta datos concretos, recogiendo distintas encuestas sobre tendencias sociales de los últimos quince años. Desde 1995, la proporción de población que se identificaba más prioritariamente con el grupo de trabajo o profesión ha descendido del 15,3 % al 7,4 %, en tanto que aquellos que refieren la clase social bajaron del 10,7 % al 7,4%. Frente a esto, desde el año 2000 en adelante, los principales ámbitos de identificación grupal de los españoles son, en primer lugar, la edad (en torno a un 50 %), a continuación las aficiones (sobre un 30-40 %) y en el tercer puesto, la pertenencia al mismo sexo (un 14 %).

Estas cifras, en realidad, se desarrollan de forma paralela a la evolución política y económica que han sufrido, de forma más o menos generalizada, los países occidentales desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. Así, los planteamientos keynesianos encontraron acogida, desde los años cuarenta, a través de cierto consenso social —el tan mentado *Estado del bienestar*— que marcaba, en la mayor parte de los países avanzados, una serie de derechos que garantizaban a toda la población servicios sociales gratuitos, tales como sanidad y educación y, a su vez, establecían mecanismos de prevención frente a las incertidumbres laborales y ante la vida, con prestaciones públicas garantizadas por desempleo, enfermedad, viudez o jubilación. Esto supuso niveles aceptable-

mente altos de empleo, lo que contribuyó a cimentar la idea del trabajo *de por vida* y, por tanto, una sólida identificación entre ciudadano y actividad laboral.

Sin embargo, desde los años setenta, una serie de factores contribuyeron a desestabilizar esta dinámica social. Por un lado, la crisis del petróleo de 1973, con la agudización de los efectos inflacionistas conectados a la subida de los carburantes. Por otra parte, la política de *pactos sociales* entre empresarios y sindicatos estableció una dinámica inercial que conllevaba una traslación automática de las subidas salariales a los precios, lo que generó una dinámica inflacionista insostenible en muchos países, a lo que hubo que sumar cambios en el clima de opinión, cuestionándose el poder de los sindicatos de forma paralela al ascenso electoral de organizaciones políticas conservadoras, en países como Estados Unidos o el Reino Unido. Las nuevas estrategias económicas, buscando la contención, plantearon desregulaciones laborales para adaptarse —de acuerdo con la línea argumental trazada— a las nuevas condiciones económicas, y evitar el cierre de empresas. De este modo, el paro se fue incrementando alarmantemente, con una progresión, en los países de la OCDE, desde el 11,3 % en 1973 al 35,1 % en al año 2000 (Tezanos, 2001b: 152-155).

Al mismo tiempo, el ascenso de la robotización en las empresas y la correspondiente mecanización —en porcenta-

jes significativamente altos— de distintos procesos productivos marcó una merma notable en las necesidades de trabajo obrero en las empresas, primero en las cadenas de montaje y posteriormente en actividades con un menor grado de automatización.

La situación actual, con un número tremendamente alto de desempleados y con índices de precariedad y desregulación laboral elevados, está marcando nuevos cauces para la manifestación de la disconformidad social. En este sentido, la sociología de corte marxista venía estableciendo una serie de factores configuradores de las distintas clases sociales, en función del elemento de valor del que estas se servían dentro del sistema productivo, de acuerdo con el siguiente esquema: a) clase dominante (poseedora del capital); b) clase media (poseedora de las cualificaciones) y c) clase trabajadora (poseedora de la fuerza de trabajo). De acuerdo con esto, el movimiento obrero, por su propia definición, planteaba mecanismos de reivindicación a partir de la propia inserción del trabajador en el sistema productivo, es decir, negando o restringiendo su actividad, a través de la huelga fundamentalmente. En realidad, la protesta sindical siempre ha sido *intrasistema*, en la medida en que es a partir de la ubicación del sujeto dentro del sistema productivo desde donde se pueden plantear mecanismos de presión para la reivindicación laboral.

Frente a esto, en los últimos tiempos está cobrando fuerza la noción de *exclusión social*, definida, en líneas generales, como la situación de todos aquellos individuos que no pueden hacer uso de ninguno de los mecanismos de presión habituales dentro del sistema productivo, esto es, que carecen de capital, de cualificaciones y de *trabajo*, planteado este último a partir del perfil de empleados precarios y esporádicos y, sobre todo, de parados sin experiencia laboral, sin cualificaciones o de desempleados de larga duración en actividades poco demandadas.

Desde la lógica de los excluidos sociales, los movimientos sindicales tienen poco que hacer, en la medida en que, de forma parcial o total, se encuentran ajenos a la dinámica productiva. Sencillamente, carecen de interés para el sistema, al no tener ninguna relevancia dentro de él. De acuerdo con ello, estos colectivos se enfrentan a una desesperada situación de incapacidad reivindicativa, y la conflictividad, en estos casos, solo puede desarrollarse fuera del marco de las relaciones económicas *regulares*, recurriendo por tanto a vías no institucionalizadas, totalmente al margen del sistema productivo y con las consiguientes dosis de radicalización, marginación política y *extrañamiento* social en la población afectada por el problema. Esto se traduce en estallidos raciales, motines juveniles o violencias sectoriales, consecuencia de una dinámica social

en la que determinados colectivos carecen de oportunidades personales y esperanzas de cambio. Así, los motines que han tenido lugar en algunas áreas suburbiales de grandes ciudades de América, los estallidos de violencia en ciertas poblaciones europeas, los choques entre tribus urbanas y las escenas de adolescentes disparando indiscriminadamente en las escuelas, constituyen «indicios muy expresivos del malestar social y cultural latente que se está gestando en sociedades en transición que no han encontrado aún nuevas estructuras de religación e inserción social que resulten suficientemente motivadoras y creíbles» (Tezanos, 2001a: 344).

## Nuevos cauces para la protesta

El progresivo descenso en el protagonismo como mecanismo de identificación y reivindicación social que está experimentado la actividad laboral parece suscitar, entre quienes son conscientes de ello —y de momento no parecen ser demasiados—, dos tipos de reacciones. Por un lado, quienes han aprovechado para poner sobre la mesa la situación de alienación que experimentan buena parte de los trabajadores asalariados, promoviendo así dinámicas *antisistema*, de acuerdo a una actitud vital que busca, en apariencia, rehuir toda práctica laboral que implique sumisión y antirrealización. Por otra parte, encontramos diversos analistas que, asumida la desaparición del *homo laborans*, indagan en los nuevos mecanismos de presión social con los que, de acuerdo con el sistema productivo, el individuo de a pie puede recuperar un nuevo protagonismo desde lo que él estima que constituye la lucha ciudadana.

Sobre los que abiertamente denuncian el trabajo asalariado como claudicación del ciudadano libre, cuenta con una fecunda tradición en el ámbito de la crítica social, especialmente desde el prisma libertario. Con anterioridad a la conceptualización del anarquismo, ya los falansterios de Fourier (Cuevas Noa, 2003: 49 y ss.) habían planteado un concepto de la solidaridad universal que permitiera al individuo traba-

jar libremente, propiciando así su plena realización, en contraposición a la situación de explotación y sumisión que la revolución industrial estaba gestando en el seno de sus centros productivos. Sin embargo, habrá que esperar hasta Proudhon para ver concretados en el ámbito libertario los problemas del trabajo asalariado. Así, para Proudhon el beneficio del capitalista surge de la propiedad de los medios de producción, pero no de su intervención en el proceso de trabajo. Retomando tesis del liberalismo clásico —como la de que cada valor económico debe ser proporcional al trabajo que lo ha producido—, Proudhon insistirá en que los trabajadores deberían tener derecho, no a la propiedad, sino a la posesión individual, que él considera condición de la vida social. Desde aquí, el analista evoluciona hacia su idea del *mutualismo*, que supondría la realización de intercambios hechos a precio de coste, para romper con la especulación, base del capitalismo. Los mutualistas, en efecto, ensayarán cooperativas de producción y consumo que encaminarán, tras la represión que siguió a la Comuna de París, a la elaboración de las denominadas *bolsas de trabajo*, cuyos objetivos superaban la mera *colocación* de obreros desempleados, convirtiéndose en verdaderos centros de información y educación.

El gran problema de los trabajadores, en las fases incipientes de la revolución industrial, era, como había denunciado

Bakunin (2009: 134), su apego a la tradición y a la rutina, que generaba una sensación de tranquilidad, en opinión del ruso, explicable tan solo como consecuencia de la ignorancia de las masas. No era suficiente con reivindicar un nuevo sistema productivo o una nueva relación de clases. Se hacía necesario que el trabajador entendiera su rol dentro de todo el sistema, de acuerdo con la inercia de la producción capitalista. Como consecuencia de ello, surgiría la indignación, el sentimiento de injusticia y la rebelión ante una actividad laboral tan opresiva como irracional. Así, Kropotkin (2005: 186) insistirá en que uno de los grandes problemas es precisamente la división del trabajo:

> Los obreros de la tierra no saben nada de las máquinas, aquellos que sirven las máquinas ignoran todo el trabajo de los campos. El ideal de la industria moderna es el del niño manejando una máquina que no puede ni debe comprender, y supervisores que lo corrijan si su atención se relaja un momento. Hasta se trata de suprimir por completo al trabajador agrícola. El ideal de la agricultura industrial es un hombre alquilado por tres meses y que conduzca un arado de vapor o una trilladora. La división del trabajo es el hombre etiquetado, estampillado por toda su vida como anudador en una fábrica, como supervisor en una industria, como conductor de un carretón en algún sitio de una mina, pero sin idea ninguna del conjunto de máquinas, ni de la industria, ni de la mina, perdiendo por esto mismo el

> gusto por el trabajo y las capacidades de invención que, en los comienzos de la industria moderna, han creado el conjunto de herramientas de las que nos place tanto enorgullecernos.

El propio Kropotkin (Ibíd.: 123) denuncia también la falta de organización y de salubridad de los centros de trabajo, lo que, sumado a la mecanización en la rutina, de acuerdo con el futuro modelo fordista, hacen del trabajo industrial, y del espacio en el que este se desarrolla, una representación modélica de la esclavitud moderna.

Algunos, como Morris (1885: 2 y ss.), establecían en torno a tres principios el paradigma del trabajo útil: a) el tiempo de descanso que, a priori o a posteriori, proporciona; b) el producto obtenido y c) el trabajo mismo. De resquebrajarse alguno de estos pilares, el trabajador sufriría un proceso de *extrañamiento* ante la actividad laboral, fruto de la insatisfacción ante el descanso, de la expropiación de los resultados de su trabajo o de la alienación ante su actividad productiva. La situación en este sentido puede llegar a rozar el absurdo, al dividirse la sociedad entre quienes no trabajan, pero disfrutan del producto de la actividad laboral de otros, y quienes no pueden permitirse adquirir los objetos y bienes que han elaborado. En este sentido, Veblen (2008: 65) señala también la cínica actitud de quienes practican el ocio ostensible: «abs-

tenerse de trabajar no es solo un acto honorífico o meritorio, sino que ha llegado a ser un requisito de la decencia (...). Abstenerse de trabajar es la prueba convencional de que se es rico y, por lo tanto, la señal convencional de que se ocupa una buena posición social».

Ya en el siglo XX, distintos intelectuales han señalado las falsas presuposiciones que sustentan el trabajo en la sociedad industrial. Pensadores de la talla de Bertrand Russell (2010: 12 y ss.) han insistido en que «con la técnica moderna sería posible distribuir justamente el ocio, sin menoscabo para la civilización». La idea central es que es precisamente el consumo —para el cual se precisa tanto de dinero como de tiempo para gastarlo—, y no el trabajo en sí mismo, lo que dinamiza la actividad productiva, enriqueciendo el tejido económico. Pero, «la idea de que el hombre deba disponer de tiempo libre siempre ha sido escandalosa para los ricos». Frente a ello, Russell defiende un sistema en el que se reduzca la jornada de trabajo y se aumenten los salarios, puesto que esto propiciaría un mayor consumo, evitando los *stocks*, disminuyendo el paro y mejorando el nivel de vida, huyendo así del fantasma del estatismo económico. En este sistema, el aumento del ocio permitirá que haya

> felicidad y alegría de vivir, en lugar de nervios gastados, cansancio y dispepsia. El trabajo exigido bastará para hacer del ocio algo delicioso, pero no para producir agotamiento.

> Puesto que los hombres no estarán cansados en su tiempo libre, no querrán solamente distracciones pasivas e insípidas. Es probable que al menos un 1 % dedique el tiempo que no le consuma su trabajo profesional a tareas de algún interés público.

La última centuria ha permitido desarrollar líneas de pensamiento que, planteadas sobre todo desde los movimientos libertarios, reniegan del trabajo desde aspiraciones más ambiciosas que las de buena parte de los críticos del siglo XIX. Un buen pilar de esta orientación, sin entroncar directamente con la línea anarquista, lo constituye el libro de referencia *La economía en la Edad de Piedra*, del antropólogo Marshall Sahlins. La idea nuclear de esta obra es sencilla: el paso del Paleolítico al Neolítico supuso un serio contratiempo para la calidad de vida del *sapiens*, entre otros motivos, por tener que incrementar su actividad diaria de trabajo, fruto de los imperativos de la producción agrícola y ganadera. Los cazadores y recolectores, en función de los datos que maneja Sahlins, se veían obligados a trabajar mucho menos tiempo para sobrevivir que los labradores y los pastores: la escasez de bienes de los primeros genera, no pobreza, como tradicionalmente se creía, sino libertad (Sahlins, 1983: 27).

No son pocos los pensadores —muchos de ellos adscritos a la línea *primitivista*— que han recogido el testigo de lo apuntado por Sahlins. Así, Bookchin (1985) critica preci-

samente del marxismo que haya desviado su atención de las *masas trabajadoras* a la *masa proletaria*, lo que ha impedido plantear una reflexión seria sobre la propia noción del trabajo. En línea con el antropólogo de Chicago, Zerzan (1998 y 2002) insiste en que el origen del problema es la división del trabajo, que elimina la heterogeneidad social, cosifica al individuo, despersonaliza y somete al orden dominante. Igualmente, Kaczynski —más conocido como *Unabomber*— en su manifiesto *La sociedad industrial y su futuro* plantea, en términos freudianos, que el esfuerzo del trabajador, en cuanto tal, constituye en realidad una actividad sustitutiva, una especie de sublimación de las pulsiones instintivas. También en este sentido, el manifiesto ya clásico *La abolición del trabajo*, de Bob Black, critica tanto el liberalismo procapitalista como el socialismo de Estado, pues en ambos el trabajador se enfrenta a una situación de extrañamiento y frustración, surgida del papel mediador de una actividad laboral con la que no se identifica, y cuyo producto no reconoce como propio. Frente a esto, Black sostiene la necesidad de erradicar buena parte de los trabajos —ya que solo contribuyen al sostenimiento del sistema y no revierten de forma directa en el bienestar de los ciudadanos—, y dotar a los restantes —que consumirían muchas menos horas— de un componente lúdico, creativo, que los emancipe de toda jerarquía gobernante:

> Ahora es posible abolir el trabajo y reemplazarlo, hasta donde sirve a propósitos útiles, con una multitud de nuevos tipos de actividades libres. Abolir el trabajo requiere ir hacia él desde dos direcciones, cuantitativa y cualitativa. Por el lado cuantitativo, hemos de recortar masivamente la cantidad de trabajo que se hace. En la actualidad, la mayor parte del trabajo es inútil o peor, y deberíamos deshacernos de él. Por el lado cualitativo —y pienso que esta es la base del asunto, y el punto de partida nuevo y revolucionario— hemos de tomar el trabajo útil que queda y transformarlo en una agradable variedad de pasatiempos parecidos al juego y la artesanía, que no se puedan distinguir de otros pasatiempos placenteros, excepto porque sucede que generan productos útiles. Sin duda eso no los hará menos estimulantes. Entonces, todas las barreras artificiales del poder y la propiedad se vendrían abajo. La creación se convertiría en recreación. Y podríamos dejar de vivir temerosos los unos de los otros (...). El secreto de convertir el trabajo en juego, como demostró Charles Fourier, es acomodar las actividades útiles para tomar ventaja de lo que sea que diferentes personas disfrutan hacer en momentos diferentes. Para hacer posible que algunas personas hagan las cosas que disfrutan, bastará con erradicar las irracionalidades y distorsiones que afligen esas actividades cuando son convertidas en trabajo (Black, 1986).

La crítica activa del trabajo asalariado, a través de una actitud vital que pudiera convertirse en paradigma, cuenta con tan-

tos precedentes que probablemente hubiera que retrotraerse hasta los presocráticos. Sin embargo, es a partir del siglo XIX cuando dicha *pose* comienza a cobrar mayor protagonismo social. En este sentido, y a pesar de ser asumida de forma individual, una de las iniciativas más célebres probablemente sea la de Henry David Thoreau, documentada de forma autobiográfica en su *Walden*, en el que recoge su experiencia durante algo más de dos años, viviendo en una cabaña en el bosque construida por él mismo. Thoreau (2005: 68 y 119) insiste en que «exageramos la importancia del trabajo que hacemos», y antecede en mucho a Sahlins a la hora de señalar que es suficiente para sobrevivir con dedicar seis semanas al año a labores de supervivencia (manutención, vestidos, etc.). La experiencia de Thoreau, al construirse su propia vivienda y sobrevivir a orillas de un lago con el producto de su actividad horticultora, deja de lado, sin embargo, las dificultades a las que se enfrentan quienes, desde un contexto puramente urbano, desean emanciparse igualmente de una actividad laboral que, por un lado, les obliga a hallarse sometidos a una situación que evalúan como injusta pero que, por otra parte, proporciona los cauces crematísticos necesarios para la adquisición de una vivienda.

En esta línea, las últimas décadas han asistido al desarrollo del *movimiento okupa*, el cual, entre otros presupuestos,

asume que el problema de la vivienda, y su encarecimiento fruto de la especulación urbanística, es consecuencia directa del sistema capitalista, debido al cual surge la aberración de contemplar, inermes, cómo los solares de las ciudades se van poblando de naves y bloques de pisos desocupados en porcentajes alarmantemente altos.

Recodemos brevemente que el movimiento okupa surge en los años 80 inspirado en el *modus vivendi* de los *squatters* ingleses, no solo como respuesta al problema de la vivienda, sino también como mecanismo para proporcionar ámbitos físicos en los que desarrollar actividades políticas y culturales que propicien la reflexión y la disidencia. Como apunta Martínez López (2002), la okupación supone un sistema de emancipación, no solo para las familias, que actúa como *muelle-colchón* en períodos de dificultades, sino sobre todo con respecto al trabajo asalariado, puesto que habitualmente el mayor porcentaje de los salarios suele destinarse al pago de hipotecas. En una vivienda okupa —continúa Martínez López— desaparecen las distinciones entre trabajo, casa y familia, formando un *continuum* que elimina la habitual interdependencia entre trabajo asalariado y vida.

Otra respuesta al problema de la vivienda, al margen de la okupación, son las cooperativas, donde los participantes son inquilinos y al mismo tiempo socios de la cooperativa

que es propietaria de la vivienda. Esta idea, que aborta la especulación, permite pagar por la construcción exactamente lo que esta vale, esto es, materiales más salarios, lo que abarata enormemente su construcción (de un 20 % a un 50 %) y reduce la dependencia de ingresos apreciablemente elevados y estables, al tiempo que permite participar en la toma de decisiones (materiales, acabados...). En esta misma línea, la recuperación de la autoconstrucción, sobre todo en entornos rurales (ecoaldeas), permite igualmente aprovechar de forma más racional los ingresos (véase Duran, 2009: 187; y Lodeiro, 2008: 326-327).

Otros colectivos han desarrollado igualmente, aunque con un mayor componente ideológico, un programa vital deslindado de los patrones establecidos del trabajo asalariado. Por ejemplo, el colectivo de extrabajadores Crimethinc, cuyo nombre hace referencia al *crimental*, o crimen de pensamiento, mencionado en la novela *1984*, de George Orwell. Esta red anarquista desarrolla campañas propagandísticas de apoyo a la emancipación de los trabajadores. En el ámbito castellano, la Guerrilla Latina Crimethink promueve idénticos planteamientos, a partir de textos pretendidamente autobiográficos donde militantes más o menos anónimos intentan ilustrar con sus vidas posibles concreciones de existencias desarrolladas al margen del trabajo asalariado. Así lo certifica Brian D. (2005):

> Estoy orgulloso de decir que ya han pasado más de 3 años desde la última vez que trabajé para alguien más (...). Me levanto en la mañana, cuando quiero, y hago planes para hacer cosas ese día. Nadie me puede comprar un hermoso día soleado por 7 dólares la hora (...). ¡Y es obvio que hago cosas! No solamente salgo o me quedo sentado. La energía que me sería absorbida en el trabajo la tengo libre para llevar a cabo todos los proyectos de los que me preocupo (...). Mejor aún, yo empiezo a trabajar en las cosas que me importan solo si lo veo conveniente. No estoy siguiendo instrucciones, esperando impresionar a alguien que me evaluará para un ascenso, o trabajando dentro de los confines de ninguna restricción. Tengo completo dominio de mi creatividad. Puedo decidir por mí mismo cómo y cuándo será más productivo, en vez de tener que presentarme a las 9 de la mañana todos los días te guste o no te guste o si es bueno para mi concentración o no. Ningún jefe podía hacerme más efectivo y eficiente que lo que puedo yo mismo (...). Finalmente, y lo más importante, estoy usando todo mi dinero, mi tiempo y mi energía contra el sistema actualmente existente.

Brian insiste en hacer ver cómo es posible sobrevivir sin trabajo: obteniendo alimento a partir de los productos que supermercados y restaurantes desechan, logrando un domicilio a través de la okupación, adquiriendo otros productos a través del trueque, de la expropiación a las corporaciones, etc. En un

comunicado presentado bajo el título de «El fin del trabajo. El inicio de nuestras vidas», en una concentración sindical en Valparaíso, Crimethinc insiste de nuevo en destacar el grado de esclavitud que comporta el trabajo asalariado:

> No nos vengan con que sin EL TRABAJO no hay sociedad posible (...). Pensemos acerca de esto: el trabajo no nos condiciona únicamente las 8, 10 o 12 horas que trabajamos y morimos al día. Condiciona además todos nuestros horarios, el tiempo libre, desplazamientos, relaciones forzosas con gente que odiamos, métodos y ritmos de hacer las cosas, tensión, supremo aburrimiento, créditos para llegar a fin de mes, ASCO de vivir (...). Luchan por trabajar 4 horas menos a la semana, por ganar un 5 % más sin tener en cuenta que eso provocará un 10 % en los precios. ¿Qué mierdas son 4 horas más de *tiempo libre* a la semana? Para ver más televisión, para pensar en cuánto odias tu trabajo, para lamentarte de todo el tiempo que no aprovechaste. ¡Ah! Pero todo tiene una recompensa, dicen algunos, cuando te jubilas (...). Eso en el caso de que vivas en un país con subsidios de jubilación o de vivir en lugares con atención sanitaria, que no son todos. Así que el panorama no es bello, ¿verdad?

Sin embargo, incluso desde la disidencia social y desde los colectivos denominados *antisistema* existen posicionamientos críticos con estas actitudes. Así, Miguel Amorós (2006) cuestiona la robustez de una actitud —la de todos aquellos que

consideran que la clave de un movimiento verdaderamente revolucionario consiste básicamente en la supresión, o renuncia, al trabajo asalariado— que en realidad solo cercena una de las aristas del *statu quo* actual, considerando intocables otros aspectos igualmente consustanciales, en su opinión, al sistema socioeconómico actual, como el ascenso tecnológico:

> El manifiesto por un lado así lo define, pero por otro incita a la confusión cuando habla de la abolición del trabajo en esta sociedad gracias a la microelectrónica; entonces se refiere a cualquier actividad productiva en la que intervenga el hombre. Parece insinuar que el hombre quedaría liberado de todo esfuerzo si se sometiese a las máquinas automáticas. En realidad, ya está sometido. La automatización corresponde a la fase más alta de la división del trabajo (...). Lo que las nuevas tecnologías han hecho por un lado ha sido convertir la mercancía trabajo en algo cada vez más fantasmagórico pero no por ello menos real.

O la omnipresencia del capital:

> Lo que parecía nuevo deja de serlo si sacamos a la luz el *alter ego* del trabajo, el capital. El trabajo no se puede separar del capital; ambos no son otra cosa que «dos aspectos de una misma relación», dice Marx. Si luchamos contra el trabajo, lo hacemos contra el capital; si tratamos de abolir uno, aboliremos también el otro, pero esto es algo tan nuevo como la Internacional. Abolición del capital igual a

> abolición del trabajo esclavo, abolición del dinero, abolición de la división del trabajo, abolición del tiempo abstracto.

En suma, para Amorós la idea del trabajo asalariado no puede convertirse en sinónimo de opresión o injusticia, pues descubre un desconocimiento histórico aberrante:

> La teoría del valor no lo explica todo. La identificación subyacente entre trabajo y opresión social es verdadera, pero el hecho de que históricamente haya existido opresión —y Estado— en sociedades no fundadas en el trabajo (todas menos la capitalista) nos han de hacer ver que la abolición del trabajo no conjura todos los peligros.

## La irrupción del *homo consumens*

Anteriormente hemos apuntado que la crisis del individuo moderno, en lo que a su rol en cuanto trabajador atañe, admitía dos líneas teórico-críticas fundamentales. La primera, desarrollada en las líneas precedentes, aprovechaba esta situación para denunciar la opresión inherente a toda actividad laboral derivada de las sociedades industrializadas (aunque algunos, como Amorós, proyecten la figura del trabajo alienante más allá de la civilización contemporánea). En cuanto a la segunda, partiría igualmente de la asunción de la figura del trabajador prototípico de los últimos trescientos años como algo ya caduco para replantear nuevos mecanismos de transformación social, una vez que la actividad laboral, en cuanto tal, ha perdido fuerza reivindicativa dentro del sistema productivo. Desde este segundo prisma, Jeremy Rifkin (2010: 61), enlazando con los planteamientos de Tezanos (2007), constata la menor importancia de la idea de *trabajo* en la definición del individuo:

> Durante la práctica totalidad de la era moderna el valor de las personas se ha medido por el rendimiento que produce su trabajo. Ahora que progresivamente el valor del producto hecho por el hombre tiende a ser más insignificante e irrelevante, en un mundo cada vez más automatizado, se deberán explorar nuevas formas de definir el valor de la persona y de las relaciones humanas.

Rifkin (2010: 88-97) desarrolla, a partir de estas afirmaciones, un repaso histórico de la progresiva, o simultánea, conversión del trabajador en consumidor. Así, analiza cómo, a lo largo del siglo XX, las empresas, fruto del ahorro en mano de obra a causa de las nuevas tecnologías, se enfrentaron a crecientes niveles de producción para los que no siempre había salida clara. Poco a poco, gracias también al ascenso en los salarios, la comunidad empresarial buscó transformar la psicología del ciudadano —estadounidense sobre todo, al principio—, basada en el ahorro, en una nueva anclada en el consumo, fundamentalmente a través de la figura del *consumidor insatisfecho*.

Los pioneros, General Motors, buscaron en los años veinte del pasado siglo desarrollar una línea de *marketing* que incidiera en la importancia del consumidor para el mantenimiento de la economía, a través de reclamos emotivos basados en la diferenciación social y en el estatus: lo que eran lujos para los acomodados habían de ser presentados como necesidades para las clases más pobres. Se extendió progresivamente en las distintas empresas con *stocks* mensajes —dirigidos especialmente a los jóvenes— destinados a un receptor que se avergonzase del uso de bienes caseros. El concepto de *marca* cobró a partir de entonces un protagonismo desconocido. Así, Coca-Cola, conocida hasta entonces de forma residual como

remedio para curar las jaquecas, pasó a ser promovida como bebida popular. Los premios y todo tipo de regalos se convirtieron en un incentivo adicional. La irrupción del mecanismo del crédito para facilitar la compra se hizo enormemente seductora.

A estas alturas, Henry Ford planteó una idea audaz: se hacía necesario aumentar el sueldo de los trabajadores, no ya como justa recompensa a la actividad desarrollada, sino para incrementar su capacidad consumidora. A pesar de que en un principio no se hizo caso a estas recomendaciones, la Gran Depresión y los duros años treinta, sumados a las reflexiones del economista John Maynard Keynes, advirtiendo de las consecuencias del denominado *desempleo tecnológico*, hicieron que, con la alianza de las centrales sindicales, se acortase la semana laboral, dando empleo a más personas, y por tanto a más consumidores que, presumiblemente, aumentarían sus compras y reavivarían la economía. La transmutación estaba encaminada: del *homo laborans* se pasaba al *homo consumens*.

No obstante, a pesar de las optimistas estimaciones de los años cuarenta y cincuenta auspiciadas por el desarrollo del Estado del bienestar, los ordenadores, *robots* y otras tecnologías de la tercera revolución industrial han terminado produciendo reducciones salariales y eliminación de puestos de trabajo. Las ganancias en productividad no están condu-

ciendo, tal y como se esperaba, a un mayor nivel de ocio, sino al desempleo.

La situación está teñida de ironías, como el propio Rifkin (2010: 389) desvela. Por ejemplo, los sueldos, cuya subida parecía marcar la mejora de la clase trabajadora, han terminado llevando a todo lo contrario:

> Por desgracia, los trabajadores tienen poco o nada que decir sobre cómo son invertidos sus ahorros. En consecuencia, durante más de cuarenta años, los bancos y las compañías de seguros han invertido miles de millones de dólares de los fondos de los trabajadores en nuevas tecnologías que permiten el ahorro de tiempo y mano de obra, tan solo para eliminar los puestos de trabajo de aquellos cuyo dinero está siendo empleado. Durante mucho tiempo, los directivos de los fondos de pensiones argumentaron que, bajo la regla gubernamental del *hombre prudente*, su única obligación era la de maximizar la rentabilidad de sus carteras.

Las conclusiones de Rifkin se acomodan en gran medida a las tesis de Heath y Potter (2005), quienes afirman que el mercado se defiende a sí mismo a través de falsos estímulos a sus consumidores, creando una ilusoria sensación de control por parte de estos. Estos mismos autores recurren a Debord (1967) para ilustrar la naturaleza mediadora, inauténtica, del consumo, que gesta una situación de virtualidad y de aparien-

cias engañosas, a través de la sublimación de unos estímulos creados y manipulados desde el propio sistema de mercado:

> El capitalismo consumista fagocita todas las experiencias humanas auténticas, las transforma en un producto consumible y nos las revende a través de la publicidad y los medios de comunicación. Convierte todos los componentes de la vida humana en un *espectáculo* en sí mismo, es decir, un sistema de símbolos y representaciones gobernado por su propia lógica interna (Heath y Potter, 2005: 16).

De este modo, según Debord el consumo se convierte para los trabajadores en un deber añadido a la producción alienada. Todo el trabajo vendido de una sociedad se transforma globalmente en mercancía total cuyo ciclo debe proseguirse. De acuerdo con estos planteamientos, no son de extrañar las conclusiones desoladoras de López Petit (2009: 15), cuando afirma que «la clase trabajadora ha sido derrotada», no ya desde la clásica lectura de la dialéctica de clases, sino a la luz de un plano nuevo, aglutinador, en el cual el trabajador-consumidor se ve inserto tan solo como un elemento más. Si el capitalismo/mercado es la única realidad, resulta lógico que por ejemplo Fernández Porta (2008: 24) califique como fallidas o ilusorias «ciertas añejas perspectivas de estirpe moderna que han intentado redefinir lo humano como el-ser-que-no-compra, o que cree no comprar». Yendo un paso más allá, podría decirse, en línea con estas concepciones, que el

mercado ya no necesita del trabajador, en la medida en que ha sido devorado por aquel.

En tal sentido, Deleuze y Guattari (2000) apuntan que, en tanto que la clase obrera se defina por un estatuto adquirido o por un estado teóricamente conquistado, aparece como capital y no sale del plan del capital. Por tanto, la clase obrera queda ya como una *ilusión ontológica* (López Petit, 2009). Nos hallamos en una era postpolítica donde la acción política transformadora queda neutralizada por la economía. Se hace necesario, entonces, averiguar si queda algún cauce para la acción, si una vez desprovisto de su identidad laboral, el trabajador, auténtico artefacto de consumo, puede recobrar su protagonismo en la arena social. Para el propio López Petit (2009: 112), esto pasa necesariamente por la renuncia al propio sistema de mercado:

> Lo que se debe hacer para sabotear la realidad es muy sencillo: hay que negarse a ser una microempresa. Hay que convertirse en un interruptor de la movilización global. Interrumpir la movilización que nos lleva y encender la noche. Encender la noche no acaba con la noche. Pero sí acaba con el miedo a la noche.

Para este autor, el camino hacia la reivindicación pasa necesariamente por la supresión de la individualidad advertida, asumiendo el sujeto un anonimato en el cual es el *nosotros* el que posibilita la acción social (López Petit 2009: 120-121). La

colectividad, según sus palabras, ha de ser el auténtico motor para el hipotético cambio social. El grito del ciudadano con nombres y apellidos es una voz en el desierto, un alarido que solo sirve para ponerle rostro al inconformista, pero que en modo alguno remueve los cimientos del *statu quo*.

El consumo, como el trabajo, ha desarrollado pautas teóricas que han planteado el cuestionamiento de los principios mejor asentados de la dinámica capitalista. Las referencias son innumerables. Lafargue (2010: 38-40) alertaba de la sinrazón del círculo enfermizo que se retroalimenta a partir de la necesidad de un consumo desmedido que permita aumentar de forma exponencial la actividad productiva:

> El gran problema de la producción capitalista ya no es encontrar productores y duplicar sus fuerzas, sino descubrir consumidores, excitar sus apetitos y crearles necesidades artificiales (...). Nada puede llegar a absorber las montañas de productos que se acumulan más altas y más enormes que las pirámides de Egipto: la productividad de los obreros europeos desafía todo consumo, todo despilfarro.

Otros, como Žižek (1994: 87) hablan del *nonismo* del consumo: una suerte de práctica en la cual puedes conseguir de todo, pero en una forma vaciada de sustancia. Igualmente, Zerzan (2002) alude a la naturaleza narcisista del consumidor, sustentada sobre la naturaleza efímera de lo que adquiere. El consumo llega al exasperante límite de eliminar incluso la

individualidad: «la imagen ha llegado a ser menos la expresión de algo individual que el producto de una tecnología consumista anónima» (Zerzan 2002: 6). Desde la perspectiva del anarquismo postizquierdista, el consumo esclaviza y destruye a partir de una falsa construcción de necesidades que, en realidad, se basa en puras vacuidades estéticas. Vacuidades, además, que interiorizamos tras pasar por el sistema educativo (Cuevas Noa, 2003: 146).

Desde las líneas libertarias, tradicionalmente se ha puesto un especial énfasis en la cuestión de la estrategia consumidora, intentando desvelar los hilos que mueven nuestras pulsiones, a la hora de comprar. Los estudios económicos libertarios han relacionado la evolución del Estado con el desarrollo de las formas de economía, observando que la concentración del poder político hasta llegar al Estado moderno camina unida a la concentración de la propiedad en cada vez menos manos, lo que desencadena una dinámica de compra-venta en la cual el protagonismo de cada uno está estrechamente conectado con su ubicación en el organigrama productivo.

Como alternativa, los anarquistas propondrán generalmente la autogestión, en la cual los instrumentos para la producción pasan a manos de la comunidad, que los administra conjuntamente. El mutualismo, el colectivismo y el comunismo libertario suponen la concreción de la fórmula autogestiona-

ria, si bien en los dos primeros a partir de la existencia de un salario y en el último mediante el usufructo. Este comunismo rompe con el último reducto de la propiedad privada: el salario, que perpetúa las diferencias sociales y mantiene el valor irreal del dinero. La abolición del dinero y de toda forma de propiedad individual supone la principal aportación del comunismo libertario a la alternativa económica del anarquismo (Cuevas Noa, 2003: 32-36). Será Kropotkin (2005) el gran impulsor de esta última idea insistiendo en que ha de ser la necesidad real, y no el poder adquisitivo, lo que ha de mover el consumo. Esto contribuiría, entre otras medidas, a eliminar dos grandes paradojas: que el trabajador quede excluido del consumo de lo que produce y que la producción sea, por lo general, considerablemente superior al consumo.

Sin embargo, la idea de la erradicación del salario se resquebraja por completo con la noción tradicional de consumo. De igual modo, otras líneas de análisis (VV. AA., 2009: 22) han incidido en apuntar que el consumo del trabajador se basa no tanto en su salario como en su endeudamiento, con lo que tanto el salario real como el virtual generan una situación de consumo que origina distintas cotas de endeudamiento a medio y largo plazo. Ante la efervescencia del consumo delirante a la que se ha asistido en las últimas décadas, la alternativa que han abierto determinadas líneas tildadas, con más o

menos fortuna, de *antisistema*, se basa en gran medida en la filosofía del decrecimiento.

No se trata de nada nuevo. Ya Thoreau (2005: 69-71) había insistido en la importancia de descubrir lo verdaderamente *necesario para vivir*:

> Todo lo que, obtenido por el propio esfuerzo del hombre, ha sido desde el principio, o ha resultado por el uso, tan importante para la vida humana que pocos, si los hay, por salvajismo, pobreza o filosofía, han intentado subsistir sin ello (...) nada en la creación animal requiere más que alimento y cobijo (...). La mayoría de los lujos, y muchas de las llamadas comodidades de la vida, no solo no son indispensables, sino que resultan verdaderos obstáculos para la elevación de la humanidad.

Sin necesidad de verse recluidos en una cabaña junto al lago Walden, distintos pensadores y activistas, en las últimas décadas, han venido planteando el concepto del decrecimiento, desarrollándose este de forma exponencial desde los inicios del siglo XXI, gracias en gran medida a los textos seminales de Nicholas Georgescu-Roegen e Ivan Illich. A partir del pensamiento ecológico sobre los límites del planeta y de la crítica filosófica a los conceptos de crecimiento económico y de desarrollo sostenible, diversos sociólogos han intentado desenmascarar la sociedad de consumo, proponiendo alternativas a partir de ideas como la de relocalización y la de convivencialidad.

En el ámbito español, Enric Duran (2009: 68 y ss.), por ejemplo, ha venido desarrollando diversas propuestas a la sombra del asociacionismo. Desde la plataforma Infoespai, junto con otros compañeros, ha promovido el éxito de campañas como las jornadas «Decrecimiento: deshacer el crecimiento, rehacer el mundo», que contribuyeron tanto al surgimiento del grupo Entesa pel Decreixement como a la repercusión social del Día Sin Coches y por el Decrecimiento, celebrado el 22 de septiembre de 2007. Duran (2009: 76-77) insiste en marcar el contenido programático de sus iniciativas:

> El decrecimiento propone vivir más localmente y sencillamente, relocalizar la producción y el consumo, reutilizar, reciclar, consumir menos y descentralizar la producción de energía. En resumidas cuentas, vivir con lo que tenemos al alcance. También proponemos que estos cambios tengan como base la comunidad más que el ayuntamiento, y por eso en los talleres reforzamos aquellas acciones que podemos empezar a poner en marcha sin depender de las instituciones. Otras ideas, de las que hablamos en otros ámbitos, serían potenciar la agricultura campesina, menos química y transgénica, evitar los monocultivos y apostar por una ganadería extensiva y una pesca artesanal, reducir el consumo de carne, etc. En los ámbitos de la sociedad y el trabajo, el decrecimiento también desarrolla ideas y propuestas, dentro del marco de una organización social cooperativa y solidaria, no jerárquica y autoorganizada.

El decrecimiento, en suma, ilustra una actitud anclada en la oposición a la idea del consumo como práctica vital recurrente e inevitable. Sin embargo, posicionamientos menos radicales —y más dispuestos a hacer concesiones al mundo real que nos envuelve— se han amparado en la relevancia sociopolítica del consumo para hacer de él un mecanismo de transformación.

## Del consumo como herramienta social

En los últimos tiempos parece cobrar solidez la vieja estrategia del boicot, que comparte con la filosofía de López Petit la anulación del individuo visible, diluido entre la masa de activistas, pero difiere de ella en que sí asume la necesidad de hacer uso del propio sistema de mercado para lograr cambios. Irrumpe así una nueva figura alejada del pensamiento reivindicativo tradicional, el *homo consumens*, en función de la cual son las nuevas estrategias de consumo, de utilización del dinero, las que verdaderamente accionan las teclas para la presión social. Si el individuo ha perdido fuerza en cuanto trabajador, si la actividad laboral ha visto disminuida su relevancia en las reivindicaciones fruto, sobre todo, de la extensión de las estrategias neoliberales y de la mecanización de los procesos productivos, como ya se ha apuntado, solo le queda al sujeto hacer uso de su dinero, de una u otra manera, para desviar las estrategias empresariales hacia el lado que estime más favorable. Para producir, el ser humano no es imprescindible. Para consumir, sí.

Tradicionalmente, han existido posiciones ambiguas en torno a si el consumo, como tal, suponía un posicionamiento activo por parte de quien llevaba a cabo tal agencia. Lafargue (2010: 47), irónicamente, juega a un futuro utópico en el cual

el proletariado cobrará un especial protagonismo como consumidor:

> Si al disminuir las horas de trabajo, se conquistan para la producción social nuevas fuerzas mecánicas, al obligar a los obreros a consumir sus productos, se conquistará un inmenso ejército de fuerzas de trabajo. La burguesía, aliviada entonces de la tarea de ser consumidora universal, se apresurará a licenciar la legión de soldados, magistrados, intrigantes, proxenetas, etc., que ha retirado del trabajo útil para ayudarla a consumir y despilfarrar (...). Desde el momento en que los productos europeos sean consumidos en el lugar de producción y, por lo tanto, no sea necesario transportarlos a ninguna parte, será necesario que los marinos, los mozos de cordel y los cocheros se sienten y aprendan a girar los pulgares. Los felices polinesios podrán entonces entregarse al amor libre sin temer los puntapiés de la Venus civilizada y los sermones de la moral europea.

Otros, como Veblen (2008: 91), insisten en el valor ostensible del consumo, entre las clases altas:

> El consumo improductivo de bienes es honorable, primordialmente como señal de proeza y como requisito de dignidad humana; y secundariamente el consumo se convierte en algo sustancialmente honorable de por sí, especialmente si se trata de un consumo de los bienes más deseables. El consumo de artículos selectos de alimentación, y con frecuencia también de raros artículos de adorno, se hace tabú

> para las mujeres y los niños; y si hay una clase baja (servil) de hombres, el tabú también se aplica a ellos.

Al margen del grado de consciencia con el que se venga desarrollando el rol de consumidor, sí es cierto que se ha insistido una y otra vez en la manipulación persuasiva sufrida por el comprador, en manos de la industria publicitaria, a propósito del autoengaño que experimenta el consumidor desde el momento en que gesta una utópica recreación mental en la cual el producto a adquirir resulta imprescindible e irrenunciable.

La reacción ante estas denuncias parte del hecho incuestionable de que se hace imprescindible un posicionamiento activo, por parte del ciudadano, ante la gestión del consumo. Ya los mutualistas, al amparo de Proudhon, organizan proyectos de asociación y cooperación obrera, alejados de la acción política parlamentaria, ensayando cooperativas de producción y consumo e iniciativas de fomento del crédito obrero (Cuevas Noa, 2003: 51). El deseo de autogestión, en cualquier caso, partía de la querencia de un nuevo perfil en el ámbito del consumo, sin encontrarse sometidos a la vorágine del credo capitalista.

Esta idea de la cooperativa ha tenido cierta continuidad en la época contemporánea, referida al ámbito del consumo. Así, Duran (2009: 186 y ss.) señala su valor tanto como forma

jurídica de empresa que permite aplicar la democracia económica —un hombre, un voto— como en cuanto formas de organización asamblearias y participativas para gestionar una actividad económica colectivizada. Por ejemplo, las cooperativas de consumo ecológico:

> [Aquellos colectivos en los cuales] un número de unidades familiares, que oscila entre una docena y un centenar, se junta para realizar compras colectivas a campesinos de producción local y ecológica. La base del trabajo acostumbra a ser voluntaria, aunque también hay modelos mixtos con la profesionalización que permiten ampliar el número de participantes y ser parte de ellas aunque no dispongas del tiempo suficiente para participar activamente (Duran, 2009: 187).

Otra forma de articular el consumo surge de la idea de los denominados *bancos de tiempo*. En él la unidad de intercambio no es el dinero habitual sino una medida de tiempo, por ejemplo el trabajo por hora. Es un sistema de intercambio de servicios por servicios o favores por favores. Propone la ventaja de fomentar las relaciones sociales y la igualdad entre distintos estratos económicos. Se plantea el uso de este tipo de economía para solucionar diversos problemas presentes en la economía de mercado, a modo de economías complementarias o mercados alternativos. Actualmente estos proyectos

pueden ser potenciados con el soporte de la tecnología de la información.

Los bancos de tiempo, fundamentados en las ideas que el anarquista estadounidense Josiah Warren desarrolló en su *tienda de tiempo*, parten de la teoría del valor-trabajo, en función de la cual el valor de un producto es la suma del esfuerzo realizado en producirlo o adquirirlo. Warren concluyó que no era ético cargar un bien con un precio más alto que el del coste asumido por el vendedor en introducirlo en el mercado. En pocas palabras, se oponía a los beneficios. En su tienda, los consumidores podían comprar bienes con notas de trabajo que representaban un convenio para desempeñar un trabajo. Después de un difícil período inicial, la tienda logró cierto éxito, fruto del hecho de que los bienes de Warren eran mucho más baratos que los de la competencia.

La iniciativa de este anarquista y la teoría del valor-trabajo, tienen actualmente cierta continuidad, como testimonian los portales comunitats.org —en donde cualquier ciudadano, a través de categorías y etiquetas, pone sus habilidades y saberes a disposición de quienes deseen intercambiarlos—, loquo.com —intercambio de idiomas o habilidades— u otros como truequeweb.com o cambia.es, basados en el trueque de bienes materiales. Asimismo, intercambiodecasa.org y

prof2000.org ofrecen la posibilidad de intercambiar las casas para las vacaciones.

Respecto al trueque, existen casos recientes especialmente significativos, como el de Heidemarie Schwermer. Cuando cumplió 50 años decidió que todas sus pertenencias cabrían en su bolso de mano, dejó un *buen* trabajo y su piso, renunció a la Seguridad Social, regaló su coche y libros y canceló sus cuentas. Hoy se considera libre y feliz. La fundadora de la primera red de trueque en Alemania agita conciencias con su experiencia narrada en *Mi vida sin dinero*, un manual para vivir bien sin tocar ni un euro. En esta línea, Lodeiro (2008) aporta información de distintas *webs* alusivas a la práctica del trueque y los bancos de tiempo.

Abundando en la cuestión del trueque, hay que subrayar que ejemplifica de forma paradigmática la puesta en ejercicio de la fórmula libertaria del trabajo cooperativo. Analistas como Axelrod (1981) han abordado el asunto a través de sus estudios en torno al *dilema del prisionero*, en donde se plantea desde un punto de vista matemático cómo la mejor salida para dos ladrones capturados por la policía es actuar de forma altruista, callando para no delatar a su compañero. Recientemente, articulistas como Estrada (2010) han señalado la importancia del trabajo cooperativo como posible fórmula

política para salir de la crisis, a través de roles colaboradores por parte de gobiernos y banca.

Desde otra perspectiva, el tema del consumo ha servido también, no tanto para llevar a cabo prácticas que modifiquen el medio como para lograr algún reajuste en el fin. Thoreau (2009: 41, 49, 60 y 61) había insistido —sufriendo cárcel por ello— en su negativa a pagar los impuestos de un Estado que auspiciaba la esclavitud:

> No puedo reconocer ni por un instante que esa organización política sea mi gobierno y, al mismo tiempo, el gobierno de los esclavos (...). No vacilo en decir que aquellos que autodenominan abolicionistas deberían inmediatamente retirar su apoyo personal y pecuniario al gobierno de Massachusetts, y no esperar a constituir una mayoría, antes de tolerar que la injusticia impere sobre ellos (...), no me niego a pagar los impuestos por ninguna razón en concreto; simplemente deseo negarle mi lealtad al Estado, retirarme y mantenerme al margen (...). A mi modo, en silencio, le declaro la guerra al Estado, aunque todavía haré uso de él y le sacaré todo el provecho que pueda, como suele hacerse en estos casos.

Algo similar defendía Gandhi (2010: 3) cuando movilizaba a sus seguidores para impedir la descarga de ropa importada del Reino Unido, favoreciendo el autoabastecimiento textil y debilitando el mercado británico en la India. Cuando Mar-

tin Luther King (2010: 29), alentado por la desesperación de Rosa Parks, logró minar la robustez del sistema de transporte público de Montgomery, al negarse la comunidad afroamericana a utilizar —recordemos que, en calidad de consumidores— los autobuses, mientras siguiese la prelación racial para hacer uso de los asientos, ya se estaba recurriendo a esto mismo. Sin embargo, parece que se ha hecho necesario que se debilite el *homo laborans* para que asumamos nuestro segundo papel: ya no el de receptores de capital, sino el de dadores.

Tres artículos aparecidos recientemente en el diario *Público* dan buena muestra de la sensibilidad actual respecto a esta idea. Por un lado está la actitud de quienes, como Mayor Zaragoza (2010), alertan del peligro, igualmente advertido por López Petit, de vernos reducidos tan solo a meros consumidores pasivos:

> No se está acabando con los paraísos fiscales, que hacen posible los tráficos de toda índole (drogas, armas, personas...). No se están erradicando ni la especulación ni la economía irresponsable (...). Como antes de la crisis, lo único importante es negociar, vender, producir lo más barato posible (...). Ha llegado el momento de reaccionar frente a quienes pretenden que el mundo sea, simplemente, un inmenso mercado y los habitantes de la tierra tan solo consumidores.

Por otra parte, están los que, asumido nuestro papel ineluctable de consumidores, buscan jugar con ello, a partir del poder que ocultarían nuestros bolsillos. Así, recientemente el siguiente titular aparecía en la citada publicación: «Una huelga de consumo para un nuevo modelo». En el cuerpo de la noticia se nos informaba de una huelga convocada por la CGT para el siguiente martes, al objeto de cambiar el modelo económico y social, sensibilizando a la población hacia unas pautas de consumo más moderadas y responsables (importancia del transporte público, del pequeño comercio, etc.). De igual manera, quizás hasta se haga viable modificar las estrategias de la todopoderosa industria farmacéutica:

> Una división de Novartis AG, una farmacéutica suiza, acaba de ser condenada a pagar 250 millones de dólares a 5.600 de sus empleadas estadounidenses, por discriminarlas entre 2002 y 2007, haciendo caso omiso de las numerosas denuncias por las diferencias salariales, dificultades para ascender, trato vejatorio a las que se tomaban la baja por maternidad e incluso acoso sexual (....). Y digo yo: ¿qué pasaría si las mujeres del mundo decidieran que cada vez que compren un medicamento van a mirar la cajita y si pone Novartis van a pedirle al farmacéutico que se lo cambie por el genérico o por el de la competencia? Ahí lo dejo... solo añado: se admiten sugerencias para cambiar en algo el mundo o, al menos, intentarlo con pequeños gestos al alcance de todos (Nebot, 2010).

El encabezado del artículo no deja lugar a dudas: «Consumo revolucionario. Factible, efectivo y sin sangre». El guiño a los convulsos movimientos de masas, a las huelgas sangrantes, parece más que evidente. La autora se hace eco, así, de una estrategia que busca igualmente modificar actitudes empresariales, pero desde el consumo, desde el gasto, y no a partir del trabajo, de la ganancia. En cualquier caso, la reducción del gasto personal tiene consecuencias tanto en el sector privado —menos ingresos para las empresas, pero también mayor, y peligroso, almacenamiento de *stocks*— como en el público, al disminuir la recaudación fiscal en impuestos como el IVA, etc. Merma del poder privado, pero también del público. La caída del consumo suele traer aparejada la subida del ahorro, que se acumula en los bancos y entidades financieras. ¿No sería esto un efecto perverso de esa estrategia revolucionaria?

El activista Enric Duran —quien saltó a los medios en el 2008 por haber conseguido 492 000 euros de los bancos, a base de préstamos que, como él mismo repitió una y otra vez en los meses siguientes, no tenía la más mínima intención de devolver—, en su obra *Liquidar la banca. Testimonio de un activista que ha desafiado al poder*, analiza la problemática inherente a la acumulación de capital en los bancos, que genera una situación de alienación entre trabajador y salario, fruto de la situación paradójica que se presenta por dos situa-

ciones antagónicas. Por una parte, el dinero *desaparece*, al moverse en una situación de virtualidad que exonera a las entidades bancarias de toda responsabilidad directa sobre la tenencia de liquidez en sus distintas sucursales, más allá de determinados porcentajes de su teórico capital. Pero, por otro lado, ese mismo dinero tiene presencia en la actividad bursátil y especulativa de esos mismos bancos, más allá, con frecuencia, de lo que el propio *ahorrador* pudiera sospechar, con consecuencias tan dramáticas como deja entrever la actual crisis económica mundial que se está sufriendo.

Ante semejante panorama, Duran (2009: 179) llama a sacar nuestro dinero de los bancos, bloqueando así su potencial, o bien a guardarlo en alguno de los denominados *bancos éticos*, como Fiare o Triodos Bank, cuya financiación va destinada a proyectos sociales, ambientales y culturales. Duran (2009: 227), respaldado por algunos economistas expertos en finanzas éticas, lo presenta como una manera de responder a la inversión actual de nuestros ahorros en activos inseguros, buscando así, cuando se da, una estrecha coordinación entre valores personales y utilización de nuestro dinero. Esta misma estrategia es respaldada por Lodeiro (2008: 440-444), quien también llama la atención tanto sobre nuestro poder como contribuyentes —al igual que lo hiciera Thoreau —, desde la objeción fiscal, el comercio justo, etc.

Cuando Foucault (2001) planteaba la esterilidad del debate sociológico acerca de la idea de clase, reivindicaba igualmente la necesidad de sustituirlo por una indagación profunda en el concepto de lucha. El problema, según él, no era quién estaba enfrente, sino cómo cambiar el mundo. Otros, como Amorós (2006), se han afanado en censurar que la eternidad de la lucha de clases se haya convertido en un tabú intocable, que no hace sino lastrar la posibilidad de la transformación social. Una transformación que parece discurrir por otros cauces, centrados, no ya en el hombre como sujeto que tiene la fuerza del trabajo, sino como individuo que tiene la energía del consumo/ahorro.

El *homo consumens* ha bajado la guardia sobre su propia actividad, con la consecuencia de llegar a establecerse una alarmante relación entre creación de empleo y endeudamiento del consumidor (Rifkin, 2010: 16). En este sentido, el denominado *ocio de consumo* abre una peligrosa grieta sobre los pies del trabajador, a través de un aparente mecanismo de descanso/compensación que encubre, en realidad, una situación igualmente alienante, reforzando un sistema que, mediante la carga ideológica de los distintos mensajes publicitarios, lleva hacia el *consumo ostensible* (Veblen, 2008: 90-119), aparatoso disfraz que sirve para crear una falsa sensación de identificación, emanada del propio dispositivo disciplinario del poder

(Holloway, 2003: 21), que no busca otra cosa que la estandarización (Foucault, 2003).

## Recapitulación final

Las páginas precedentes han pretendido ilustrar, en primer lugar, sobre la pérdida de valor, como elemento identitario, de la noción de *trabajo*, a juzgar por los resultados de distintas estadísticas. Indudablemente, la resistencia a la pérdida de esta faceta en cuanto elemento definitorio de buena parte de los ciudadanos ha venido en gran medida promovida por los colectivos que hacen de este aspecto —el de la identidad laboral— la razón de ser de su existencia, como es el caso de los empresarios o de los sindicatos. En segundo lugar, hemos analizado las dos actitudes, o consecuencias, más significativas y novedosas tras este cambio sustancial. Por un lado, es reconocible, si bien de manera aún un tanto residual, la presencia de movimientos —generalmente etiquetados como *antisistema*— que buscan promover prácticas vitales alejadas de todo trabajo remunerado, al identificar este —visto, en cualquier caso, ya con forma caduca y estéril— con la alienación y la antirrealización. Por otra parte, una serie de analistas han expuesto el progresivo protagonismo, a lo largo del siglo XX, de un nuevo rol en la personalidad de los ciudadanos: el de consumidor. Frente a la actual relevancia del *homo consumens*, unos le niegan todo valor reivindicativo o revolucionario, al fluir de la propia dinámica del sistema establecido y ser consustancial a él.

Otros, por el contrario, ven en esto una poderosa herramienta de transformación, dirigiendo el consumo, o los ahorros, a uno u otro lado, en función de los intereses personales o colectivos, tomando conciencia, eso sí, de la importancia de cada una de estas decisiones. De todas formas, estos últimos *activistas* no dejan de alertar de los peligros de convertir al trabajador en un ser plano, en una mera *máquina de consumir*, sin elementos críticos y perspectivas plurales, dejándole desposeído de su potencial como organismo poliédrico y polifacético.

En cualquier caso, y a modo de conclusión, parece conveniente alertar de la rémora que supone analizar tendencias sociales nuevas con esquemas trasnochados que dificultan cualquier avance social y, lo que es aún más grave, imposibilitan una verdadera indagación en la búsqueda de la identidad personal y de los caminos para la transformación política y económica.

## Bibliografía

Álvarez, Carlos (2008): «Trueques e intercambios», 24 de enero, en diario *El País*.

Amorós, Miguel (2006): «Los últimos veinte años de liquidación social», en http://reflexionrevuelta.wordpress.com/2010/02/04/miquel-amoros-los-veinte-ultimos-anos-deliquidacion-social/

— (2003): «Notas sobre el Manifiesto contra el trabajo del Grupo Krisis», en http://raksasa.bitacoras.com/archivos/2005/10/03/notas-sobre-el-manifiesto-contra-el-trabajodel-grupo-krisis

Anónimo: «El fin del trabajo. El inicio de nuestras vidas», en http://www.crimethinc.com/espanol/trabajo.html

Axelrod, Robert (1981): «The evolution of cooperation», *Science*, 211, pp. 1390-1396, en http://www.oxcamconsultores.com/evolucion.htm

Bakunin, Mijail (2009): *Dios y el Estado*, Barcelona, Editorial Sol90.

Bensaïd, Daniel (2010): *Cambiar el mundo*, Barcelona, Editorial Sol90.

Black, Bob (1986): «The Abolition of Work and Other Essays», Loompanics Unlimited, Washington, (vid. la traducción al castellano de *La abolición del trabajo* en
http://www.kclibertaria.comyr.com/lpdf/l061.pdf

Bookchin, Murray (1985): «El anarquismo ante los nuevos tiempos», en http://www.ucm.es/info/bas/utopia/html/bookch3.htm

Cuevas Noa, Francisco José (2003): *Anarquismo y educación*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

D., Brian (2005), «Cómo pasé mis vacaciones permanentes», en http://www.crimethinc.com/espanol/vacaciones.html

Debord, Guy (1967): *La société du spectacle*, París, Gallimard.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari (2000): *Mil mesetas*, Valencia, Pretextos.

Duran, Enric (2009): *Liquidar la banca*, Barcelona, Ediciones B.

Estrada, Amparo (2010): «El dilema del prisionero», en diario *Público*, 2 de octubre, p. 9.

Fernández Porta, Eloy (2008): *Homo sampler. Tiempo y consumo en la Era Afterpop*, Barcelona, Anagrama.

Foucault, Michel (2001): *Dits et écrits II*, París, Quarto Gallimard.

— (2003): *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Gandhi, Mohandas Karamchand (2010): *Política de la no violencia*, Barcelona, Editorial Sol90.

Heath, Joseph, y Andrew Potter (2005): *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*, Madrid, Taurus.

Holloway, John (2003): *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Barcelona, El viejo topo.

Kaczynski, Theodore John (1995): «La sociedad industrial y su futuro», en http://sindominio.net/ecotopia/textos/unabomber.html

King, Martin L. (2010): *Un sueño de igualdad*, Barcelona, Editorial Sol90.

Kropotkin, Piotr (1996): *El Estado y su papel histórico*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

— (2005): *La conquista del pan*, Buenos Aires, Libros de Anarres, en http://www.quijotelibros.com.ar/anarres/Conquista%20del%20pan.pdf

Lafargue, Paul (2010): *El derecho a la pereza*, Barcelona, Editorial Sol90.

Lodeiro, Toni (2008): *Consumir menos, vivir mejor*, Tafalla, Editorial Txalaparta.

López Petit, Santiago (2009): *La movilización global. Breve tratado para atacar la realidad*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Martínez, Miguel (2002): *Okupaciones de viviendas y centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*, Barcelona, Virus.

Mayor Zaragoza, Federico (2010). «Miedo, rebelión, libertad», en diario *Público*, en 9 de abril, p. 9.

Morris, William (1885): «Trabajo útil vs. Trabajo inútil», en REIS, Núm. 66, pp. 181-198, año 1994, en http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_066_11.pdf

Nebot, Marta (2010): «Consumo revolucionario. Factible, efectivo y sin sangre», en diario *Público*, 29 de mayo, contraportada.

Proudhon, Pierre Joseph (2010): *¿Qué es la propiedad?*, Barcelona, Editorial Sol90.

Requena, Ana (2010): «Una huelga de consumo para un nuevo modelo», en diario *Público*, 19 de diciembre, p. 31.

Rifkin, Jeremy (2010): *El fin del trabajo*, Barcelona, Ediciones Paidós.

Russell, Bertrand (2010): *Elogio de la ociosidad*, Barcelona, Edhasa, Barcelona.

Sahlins, Marshall (1983): *Economía de la Edad de piedra*, Madrid, Akal.

Tezanos, José Félix (2001a): «Los sistemas de desigualdad social en las sociedades tecnológicas avanzadas», en *La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualda-*

*des en las sociedades tecnológicas*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 329-347.

— (2001b): «Tendencias en exclusión social», en *La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 137-196.

— (2007): «Los impactos sociales de la revolución tecnológica», en *Los impactos sociales de la revolución científico-tecnológica. Noveno foro sobre tendencias sociales*, Madrid, Sistema, pp. 31-62.

Thoreau, Henry David (2005): *Walden*, Madrid, Cátedra.

— (2009): *Desobediencia civil y otros escritos*, Barcelona, Editorial Sol90.

Veblen, Thorstein (2008): *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial.

VV. AA. (2004): *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de sueños.

VV. AA. (2009): *Crisis económica y resistencia obrera: la crisis mundial y sus efectos en España*, Madrid, La Malatesta Editorial.

Zerzan, John (1998): «Esas cosas que hacemos», *Anarchy*, Núm. 45, en http://www.inventati.org/ingobernables/textos/anarquistas/zerzan_cosas.html

— (2002): «La catástrofe del postmodernismo», *Pimienta negra*, en http://www.kclibertaria.comyr.com/lpdf/l065.pdf
Žižek, Slavoj (1994): *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*, Buenos Aires, Nueva Visión, en http://foro-itaca.wikispaces.com/file/view/Zizek,+Slavoj-+Goza+tu+sintoma%5B1%5D.pdf
— (1998): «Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional», en *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, Paidós, pp. 137-188, http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/S%20Zizek%20Multiculturalismo.pdf

La 2ª edición (que sirve de base a esta edición digital) se imprimió en los talleres de Imprenta De Diego en Vallekas durante el mes de diciembre de 2018.



La Neurosis o Las Barricadas Ed.



El movimiento anarquista se ha manifestado siempre en total oposición al capitalismo, a su sistema de valores y a las formas organizativas en que este se concreta. Los debates siempre han estado muy presentes en un movimiento tan dinámico y abierto, por lo que han resultado inevitables las discusiones sobre cómo, por ejemplo, construir herramientas realmente sólidas para luchar contra este sistema social.

Aunque buena parte del movimiento anarquista ha dado tradicionalmente una gran importancia al frente cultural, todo lo relacionado con el sistema económico ha tenido una importancia incuestionable. Probablemente, haya sido el eje a partir del cual se hayan vertebrado, hasta hace poco, el resto de las luchas sociales. Es cierto que las nuevas sensibilidades de los movimientos sociales de las últimas décadas parecen desplazar las prioridades hacia otros campos. Pero la explotación persiste (cuando no se acentúa), por lo que el debate sobre lo económico resulta ineludible. Aquí es donde se sitúa el debate entre las luchas del movimiento obrero y las nuevas propuestas sobre las posibilidades de lucha en los circuitos del consumo. Un debate imprescindible para abrir brechas que posibiliten construir un mundo que merezca ser vivido.

Lmentales n.º 9